

Cecilia Sánchez

Las repeticiones del matriciero. Comentario al poema de Elvira Hernández "Seña de mano para Giorgio de Chirico"*

Tironeada por las hebras, espaciamentos e insistencias que forman parte de la trama del poema de Elvira Hernández, hago ingreso en la inquietante escena que allí se despliega.

Con un inmovible tono, el texto de Elvira da a leer una forma de decir que se entrega al ejercicio de testificar la inmanencia de lo que el texto nombra "tiempo anestesiado". En el modo de decir empleado, el equivalente no remite a nada más que a sí mismo: "Pasan las aguas sobre mojado". Pese a todo, la mostración que aquí opera, nos pone en presencia de mecanismos repetitivos que, pareciendo familiares, tienden a re-torcer la placidez de lo demasiado reconocido por re-petido y confrontarnos con su extrañeza¹.

Es así como la escritura de Elvira, hecha de letánicos pliegues, parece consagrarse a la experiencia del "perder-se"². Desde esta condición de enceguecimiento, ella se aparta de la creencia en la dignidad de lo que principia, del inicio inaugural." O HAY PRINCIPIOS", sentencia la primera frase de la estrofa inicial.

En lugar de los venerables comienzos u orígenes, se revela "la persistente gotera" de la repetición. El agua se llena de sí misma, "diluvia". Hace aparecer, con el decir mortuorio de Manríquez, un "mar" que se desentiende de tanto "morir". Ni el comienzo teológico del cielo ni el *telos* cobigante del mar, sólo la fatiga de un "matriciero" indiferente en su autocentrada actividad de máquina laborante. De tanto en tanto la letal pregunta, "¿Alguna novedad?".

La repetición del trámite exhibe a la inadvertida muerte en una vivaz plenitud que copa los espacios. Ella no tiene inicio; es un persistente *otra vez*. Tiene la perseverancia de una pesadilla que ha sabido abolir la detención y que cuenta con el empujón periódico del tiempo vulgar. Se muestra en la energía

*Este comentario es una segunda versión del que escribí sobre la base de mi lectura del texto poético de Elvira Hernández, "Seña de mano". La primera versión la leí en el Café-libro de Bellavista, el 4 de julio de 2001, en uno de los encuentros organizado por el colectivo "La ventana indiscreta", integrado por María Eugenia Escobar y Damaris Calderón.

del semen correntoso que, rápido como un coito a la pasada, se desplaza y multiplica sin ton ni son. Nada individual. La repetición se hace figurar también con el zumbido multiplicante de las moscas, prueba de que hay un cadáver demasiado presente del que se contagia la minúscula energía de los insectos.

El juego de las máquinas consiste en reiniciar una y otra vez la vuelta de la rueda, el giro del pedal; insistencia que nos reconduce a la paradoja del tiempo que viene de Aquiles: la velocidad monótona que de tanto moverse se mantiene inercial en pleno movimiento.

Del mismo modo, los espaciamentos del texto, se pliegan a la manía frecuencial de esta temporalidad reproductiva y reiterarán, a modo de estribillo, un llamado a decidir pasar el momento pulverizado con un vaso de vino. La intermitencia del llamado a soportar con un *trago* de vino la inercial mecanicidad de la repetición, me permite acompañar con mi comentario el ritmo implacable del texto y detenerme en tres de sus *sorbos*, por así llamarlos ³.

1. El *Trago* de la densidad/

La necesidad de singularizarse, de “ser alguien” es-en el texto- “anotarse” pero “pronto”. Respecto de los afanes de la individualización, el texto remite a giros o formas de expresividad local⁴; en suma, a lo ya dicho, para subrayar el anonimato de las palabras, poniendo de este modo en entredicho el decir originario al que aspira la poesía subjetivista.

La procedencia rutinaria de las expresiones utilizadas es anuladora de un yo excepcional. Esta individuación es anhelada para garantizar una identidad diferencial y unitaria. Así y todo, habrá quienes insistan en la inscripción del nombre a modo de prolongación de un sí mismo exteriorizado mediante el uso del *bios* poético. Para el intento del “anotarse pronto”, vale tanto el “muro” como la “lápida” –dice irónicamente el texto-. Pero hay quienes giran en redondo y saben que no se puede poner “el grito en el cielo”, aunque el deseo es a que el nombre se vocee y aparezca titilando.

El escenario está vacío para hacerse un “numerito”, pese a que cualquier acontecimiento es atrapado por el engranaje de la hora del reloj y desaparece en los intervalos neutros de momentos sin memoria: “Y son apenas las cuatro de la tarde”.

2. El *Trago* matricio y su repetición extática /

En su eco maquinal, el “matriciero” ha suprimido la ingenua frontera entre vida y muerte. Empezar y acabar es multiplicar. Se trabaja en el inagotable

criadero de las copias de una mismidad involuntaria. Es *tánatos* quien golpea con sus cucharas y se alimenta de sí: mastica hermanando.

Esta concepción de una maternidad que se olvida de la madre, se desdobra simultáneamente en vida y muerte. Elvira la enfatiza bajo la forma de una energía de contagio que se resta de “todo infinito”⁵.

Lo aterrible de la energía de la repetición se muestra en la economía de gastos sin límites que exhiben movimientos liberados de *telos*. La gratuidad, siempre saludada como don, se presenta acá vacía de contenido. Al comer, “millones de bocas” moverán sus mandíbulas.

Esta materialidad sin trascendencia es la huella indesmentible de la maternidad femenina que el texto prolonga en el mundo mecánico de la técnica. Su mecanismo de ciega repetición borrona cualquier identidad y es la ruina del entendimiento que provenga de un yo ordenador.

De este modo, la escritura de Elvira recibe el dictado del lado desublimado de la feminidad cuya economía se separa de toda funcionalidad. Sin para qué, el cuerpo es mórbido y sin ley. Lo matricial se reconoce, entonces, en la permanencia de un re-torno anónimo sobre sí mismo, situación que socialmente ha sido productivizada por el padre progenitor que busca en la paternidad el “Sí Mismo” que pueda invertir la regresión en proyección⁶.

La catástrofe de la temporalidad repetitiva de lo matricial es la anulación de lo mismo por medio de otro mismo que olvida su genealogía porque no sabe de dónde viene. Enfrente de esta escena, el yo sólo podría constatar la destrucción de la existencia: rebelársele empobrecida, pero también “soberana”.

La soberanía es la existencia instantánea que nos hace ingresar en el vértigo del tiempo *extático*⁷. Quien más ha insistido en la noción de “soberanía” es Georges Bataille al prescindir de la utilidad y de la necesidad servil y aproximarse al instante en que llegamos a saber sin encadenamientos; es decir, sin la conciencia que siempre es huida a un *más allá*. Dicha instantánea es también la presencia rota que trabaja Chirico en sus pinturas. Elvira menciona el instante de esta fisura en la siguiente frase: “Ciudad rota/ en su casco/ y a pique”.

3. El Trago de la palabra extinguida/

Al igual que quien habla y escribe es habitado por el anonimato de lo ya dicho, a la salivada palabra le ocurre otro tanto en su condición de circulante. Va de boca en boca y se suma a palabras desabridas que estallan en pedazos en los altoparlantes: “y yo que quise decir algo” –dice el texto.

En este sentido, la palabra es “marca” y se “masca”. Se pasa y repasa con saliva. Al parecer, el habla que habla es muda: “¿Qué decir!”

En la alusión que hace el texto en una de sus últimas páginas al atardecer del búho hegeliano, a su después de “elástico vencido”, se exhibe una clave de lenguaje que reposa en la palabra “lloaqla” que empuja en la mar de un morir desproporcionado. La lengua del progreso queda cruzada por la extinción que opera en el torrentear⁸.

Es así como la palabra “comienzo” de la primera página es sustituida en la última página por la de “noche”: se trata de la noche de lo idéntico: “la noche ha caído/ sobre nuestra caída/ a tientas/ arañamos la tierra/ llegamos a arar”.

“Ya volvemos” -advierde el texto de Elvira improvisando un final. Pero yo me detengo aquí antes de proseguir este brindis de la “maternidad constante”.

Notas

- 1 *Unheimlich* es el término alemán utilizado por Freud para referirse a experiencias siniestras o espantosas cuya condición es haber sido antes familiares (*heimlich*). Lo curioso de la investigación de Freud que me interesa recalcar para leer el texto de Elvira Hernández con la carga que le corresponde, es la ambivalencia de la palabra usada para significar lo familiar. La confirmación de esta situación la encuentra primero en el par de antónimos mencionados. Sin embargo, la búsqueda de Freud respecto de este par de enigmáticas palabras, termina por coincidir con lo que parecía ser su antónimo; de modo que lo “familiar” es también lo “extraño” o “infamiliar”. Ver S.Freud, “Lo siniestro” (1919), en *Obras Completas*, p. 2483-2488.
- 2 Uso el verbo reflejo “*perder-se*” para sintonizar el texto de Elvira Hernández con el de Clarice Lispector, *A paixão segundo G.H. (La pasión según G.H.)*. Con este término Lispector alude a su experiencia de pérdida de una tercera pierna protectora que no la dejaba saber acerca de lo que puede revelar lo puramente incomprendido. Ver p.12, Río de Janeiro, Rocco, 1998.
- 3 En su raíz, la palabra *trago* del acto de *tragar* es similar a la de *tragedia*. En uno de sus sentidos figurados, el término “trago” remite a infortunio y coincide con el desenlace funesto de la poética de la tragedia.
- 4 En su comentario a la escritura de Elvira Hernández, Raquel Olea hace alusión a la necesidad de Elvira de textualizar hablas múltiples que imposibilitan la aparición de identidades hegemónicas. Esta necesidad, en el caso del poema “Seña de mano”, es prioritaria para despotenciar las pretensiones de un sujeto o de un nombre de ser soporte u origen de su habla o escritura. Ver Raquel Olea, *Lengua Viborara. Producciones de lo femenino en la escritura de mujeres chilenas*, Santiago, Editorial Cuarto Propio, 1998, p. 195.
- 5 En la concepción de la maternidad como condición mortuoria, encuentro un parentesco con la frase de Céline (*Mort à credit*), “...esas hembras que nos estropean todo infinito”, trabajada por Julia Kristeva bajo la forma de un reproche masculino al poder maléfico de las mujeres de dar una vida que anula los límites de la

dicotomía vida/muerte y conlleva el cuerpo muerto. Julia Kristeva desarrolla esta lectura en, "Esas hembras que nos estropean el infinito", en *Poderes de la perversión. Ensayo sobre Louis-Ferdinand Celine*, Buenos Aires, Siglo veintiuno, 1998.

- 6 Luce Irigaray reflexiona acerca del sí mismo del padre origen, erigido en tal cuando readecua la repetición matricial al modelo de las identidades legales. Esta reflexión es desarrollada en varios de los capítulos de su libro, *Speculum. Espejulo de la otra mujer*, Madrid, Editorial Saltes, 1978.
- 7 El instante soberano es para Bataille un milagro negativo; pues es aquél en que se experimenta un no-saber.
- 8 *Lloaqlla* significa torrentear en quechua, según indica una nota del poema.